



P. LOPE CILLERUELO GARCIA, OSA.

Padre Lope Cilleruelo García

Hay hombres cuya sola existencia en la tierra ya es un regalo del cielo. Uno de esos hombres era —hasta hace poco tiempo— el P. Lope Cilleruelo para la Comunidad de Valladolid y, acaso, aunque a distancia, para muchos agustinos dispersos por los cuatro puntos cardinales.

Pero ya no vive entre nosotros. Dejó de existir para este mundo el día 6 de agosto de este año de gracia de 1985.

Este gran hombre, contradictorio en tantas cosas, magnífico luchador, impulsor de una cultura, maestro y apóstol de la juventud, en ocasiones tan mal comprendido y peor interpretado, acaba de abandonarnos a los que aquí seguimos, peregrinos en esta tierra, y ahora, más que nunca, lo echamos de menos.

Este hombre de clarísimo talento natural y cultivado, de rica y variada educación intelectual —era escriturista, agustinólogo, teólogo y filósofo, políglota, poeta, novelista, pintor, escultor y hasta buen músico— de ingenio vivo, brillante y perspicaz, ya no vive entre nosotros para amenizar una charla, para romper el hielo de una reunión tensa, para contar un chiste oportuno que en él, muchas veces, era una obra de caridad, pues lo hacía para calmar y relajar espíritus alborotados.

El P. Lope Cilleruelo llevaba mucho tiempo enfermo. Todos —los de Valladolid, por lo menos— recordamos cuando hace unos años —al tiempo de cumplir él los setenta de su edad—, el doctor Jacinto de Miguel, que tanto le admiraba y quería, le operó pronosticándole dos años de vida. Desde entonces el P. Lope sabía que su muerte estaba cercana. El solía decirnos en las visitas breves a su habitación, que envidiaba la muerte del P. Dictinio Rodríguez Bravo, el cual también nos dejó recientemente, pero de modo repentino y a las pocas horas de celebrar la Eucaristía.

Operado con éxito y felizmente recuperado se puso a la máquina y escribió estos hermosos versos:

«El sol se oculta
detrás de los cipreses del cementerio.
Sobre las nubes, hay castillos de llamas y de misterios.

Dulce se va la vida,
melancólica y tibia. Grande es la tarde,
bello el paisaje.
¡Qué bellos son los sueños cuando el sol arde!
Silban los mirlos
en los sotos del río. Mira qué encanto
te sobrecoge
cuando ves los cipreses del camposanto.
Pasa la muerte
con su guadaña al hombro junto a tu vera.
Sales ileso,
pero vas dejando pelos en la gatera».

Y con todo, el P. Lope sabía lo que el Señor le deparaba, antes de encontrarse con él definitivamente en el reino de los cielos. Se resistía a morir. La muerte vino a buscarle en los últimos días de julio pasado. Pero él, magnífico luchador, hombre duro, castellano viejo como todos los suyos, de la tierra del Cid, del Cura Merino y de El Empecinado, hizo honor al privilegio que le dio natura y le plantó cara a la misma muerte.

Yo conservo unos cuadernos de poemas originales del P. Lope, que un día espero han de ver la luz para dicha y regocijo del lector aficionado a la poesía. En ellos, después de dejar satisfechos y cumplidos a los dos personajes protagonistas de la fábula —el P. Lope manejaba admirablemente la mitología griega y romana—, se encara con ellos y les dice:

«¡Ay, amigos, ahora
se os pone difícil
eso que llamáis fe; todo ese cuento
de vuestra religión de drogadictos.
Esto es carne, esto es hueso, esto es la vida;
y no vuestras mentiras teatrales...
¿Acaso no sabíais que la gloria
viene en pos de la muerte?
Hay que morir, amigos,
para resucitar al tercer día.
Ya lo veis. Es así. No tengáis miedo,
si buscáis la verdad.
Pero ¡cuidado!,
que hay muchos
que buscan la mentira».

Por eso la muerte no le sorprendió al P. Lope. Llegó a él cuando, plena-

mente madura, como una cosecha recién segada y recogida —tenía que morir en el mes de agosto—, había rendido y ofrecido al Señor, a la Iglesia y a la Orden Agustiniiana la vida de un buen monje, de un buen soldado, de un buen trabajador, de un hijo fiel... Y a los hombres de buena voluntad, les dejaba en testamento un modelo de humanidad.

Él sabía que sus horas estaban contadas. Lo decía en otro verso, igualmente inspirado y bello:

«Mucho te ronda esta muerte,
esta gata zalamera.
Mucho acaricia
con sus maullidos y roces de cabecera.
La muerte guiña
como tras esas nubes el sol de invierno.
Pasó indolente,
pero arrancó unas hojas de tu cuaderno».

Y, a pesar de todo, quería seguir viviendo. Porque sabía y decía que «la tierra es una tienda de esencias perfumadas»; y el perfume de las obras buenas que hay que realizar. Tal vez, por eso mismo, volvió a escribir:

«Aquí está dormido un sueño,
sin resignarse a morir.
Despiértalo, marinero,
y no lo dejes dormir».

«Aquí está dormido un sueño»... Gran soñador, el P. Lope, al final de su vida —no escasa en tiempo y llena de bondades—, se llevó muchos desencuentros. Y es que tenía que ocurrirle lo que ha ocurrido siempre a los grandes genios. Y lo que le ocurrió al personaje que mejor caracteriza y representa al español: Don Quijote.

Como éste «desfacedor de entuertos», aventurero como él, mitad cuerdo, mitad loco, el P. Lope se echó un día a andar por los campos y caminos —nuevos caminos— de la formación moral de la juventud, y por las nuevas sendas de la renovación religiosa y cultural de los levitas que aspiraban al sacerdocio dentro de la Orden de san Agustín.

En la aventura tuvo que romper muchas lanzas contra supuestos molinos de viento. Y luchar contra yangüeses, malandrines y follones. Y hasta contra los nuevos «Caballeros de los Espejos» que le salieron al paso. Pero consiguió enderezar vidas torcidas, y ganar batallas que muchos pensaron eran quimeras y, de principio a fin, las creían perdidas. Los que a su lado hemos vivido afanes, proyectos y realizaciones, lo sabemos muy bien. En esto, Sancho Panza —el P. Lope tenía también bastante de Sancho— pudo sonreír a lomos de su

jumento, entre malicioso y burlón, viendo cómo en más de una ocasión su amo se salía con la suya.

Cuando en la homilía del funeral —¡qué espectáculo más bello, en medio de un dolor contenido!— el provincial de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, Fr. Pedro Rubio, dijo que «todos tenemos mucho que agradecer al P. Lope», decía una gran verdad. Porque, como añadiría luego, «el nos ha enseñado a que la vida se gana a cada instante».

La vida —enseñaba el P. Lope— hay que vivirla de todas las formas, pero no olvidando que el precio de esta vida es ir aprendiendo a morir. La vida es la cruz con Cristo. Una vida que siempre es «Pascua», pero sabiendo que no hay pascua sin viernes de dolor. Como todos los grandes hombres, el P. Lope se forjó en la lucha, en el duro bregar de cada día, leyendo mucho, informándose, realizando...

Puede que algunos —ahora que ha muerto— lo recuerden más que en vida. Y acaso se pongan a leer alguno de sus libros. Mas yo pienso que el mejor libro que nos ha legado a los hermanos y amigos es el libro de su propia vida. Porque, como ha dejado escrito otro gran luchador y escritor ilustre como él, del círculo de la muerte se sale gracias a la acción, gracias a la vida. Y lo mismo que aquél, el P. Lope podía decir: «Es necesario que el hombre aprenda a ver la muerte como un momento de su vida». Y como su amigo del alma, el P. Félix García, podía añadir: «Yo no temo a la muerte; a quien temo es a la vida».

El P. Lope —acaso en una imprudencia de las suyas, pero llevado siempre de un afán apostólico y misionero— realizó, no mucho tiempo atrás y después de haber sufrido la operación aludida, un viaje por Sudamérica. Los hermanos de Colombia, Venezuela, Perú, Iquitos y México gozaron con su presencia y se aprovecharon de su palabra y doctrina. Lo exprimieron como se exprime el racimo en el lagar.

De aquel viaje vino roto. Y cayó enfermo. Cansado y desengañado además de muchas cosas, se metió ya en su celda y, como el maestro León, escapando del «mundanal ruido», supo seguir la senda escondida de los pocos sabios que aún nos quedan hoy en este mundo alocado, irreflexivo y superficial.

Y entonces, recogido, anacoreta del siglo XX, este buen monje que siempre fue el P. Lope, pudo escribir:

«Campos en blanco,
tarde invernal,
relente helado
como un puñal.

El sol alumbra,
sin calentar.

Un horizonte
de soledad.
Tú ya corriste
tu carnaval.
Deja a los otros
el festival.
Dentro del pecho
se oye doblar.
Es la campana
del más allá».

Muy difícil se hace resumir en este bosquejo biográfico —un poco homenaje, también de un discípulo que tanto le debe— las múltiples facetas en que el P. Lope Cilleruelo empleó su larga vida en provecho de la Iglesia, de la ciencia y de la sociedad. Aparte sus numerosos escritos y obras publicadas, aparte sus largos años de docencia primeramente en Zaragoza y luego en Valladolid, se mostró incansable en el apostolado entre la juventud católica y en los cursillos de cristiandad.

Como buen soldado, curtido en la guerra civil española, a los jóvenes que le confiaron los superiores, les inculcaba una disciplina recia y varonil, pero con una liberalidad y una elegancia, que bien podía ser copiada por muchos formadores de hoy.

Abrió caminos nuevos en el campo de la formación religiosa de los jóvenes levitas, y en el campo de la cultura entre los mismos. Los que le tuvimos por maestro, no lo olvidamos y es mucho lo que le debemos. Hoy, a la luz triste de su pérdida terrenal, nos consuela el ver y recordar al hombre privilegiado y varón esclarecido avanzar por el presentido camino de Dios. Porque él cantará en un poema que titula «Redemptor meus vivit»:

«Él se ocultó en la carne,
al girar la visita,
y dejó en una cruz para escarmiento
su voluntad suscrita.
Si limpió nuestra sangre
con su propia sangría,
habrá una tierra nueva
y un cielo sin celajes ni neblinas».

Se nos ha ido un hombre admirable por su saber y su cultura; por su humanidad y simpatía; por el don de gentes que le acompañaba; por el carisma que le rodeó siempre y que arrastraba. Quizá, en su nacimiento, se adelantara a los tiempos nuevos. Y esto le perjudicó. Nadie sabe lo que hubiera podido

ofrecer hoy a la Iglesia y a la Orden de gozar de las energías de los años cincuenta: su modernidad, pero sin perder la cabeza; su buen hacer en la vida activa, pero enraizado fuertemente en la contemplación y en la oración personal; su nuevo rumbo en la teología, pero diciéndonos a todos que la teología verdadera es tan eterna como Dios...

Algo de esto debió vislumbrar cuando, en charla confidencial con uno de los hermanos, le decía que tenía la impresión de haber fracasado, porque pensaba que, mientras los agustinólogos se habían dedicado a ofrecer al mundo el «cientificismo» de san Agustín, resulta que san Agustín era del pueblo y para el pueblo.

Yo creo que todo hombre grande, al final de sus días, tiene que sentirse un tanto fracasado. Pero, si por los frutos se conoce el árbol, ahí están los árboles que el P. Lope plantó y los frutos que ofrecen al que los quiera gustar. Ahí están las obras buenas que realizó. Él, que parecía tan racionalista, tan poco sensible a los pequeños detalles; que hacía ironías y piruetas sobre el amor, también sabía decirle a la Virgen —sólo por esto, ella le ha llevado al cielo— palabras tan dulces como las que siguen:

«Triste de malva y perla
viste la tarde,
después del aguacero
que regó el valle.
Así brillan tus tristes
ojos de Madre,
cuando me acerco al friso
de tus altares.
¿Por qué cuando me miras
sientes pesares,
y se tiñe tu rostro
como la tarde?
¡Mírame con dulzura,
ven a embriagarme
del fluido amoroso
de tu semblante!
¿Quizás porque soy viejo
vas a dejarme,
porque los viejos saben
vivir sin madre?»

Teófilo APARICIO LÓPEZ

APÉNDICE

DATOS BIOGRÁFICOS DEL P. LOPE CILLERUELO

El P. Lope Cilleruelo había nacido en la histórica villa burgalesa de Roa de Duero el 25 de septiembre del año 1908. Profesó de votos simples el 1 de octubre de 1924, y de solemnes el mismo día del año 1927. Fue ordenado de sacerdote el 8 de noviembre de 1931. Enviado a Roma, cursó estudios superiores de Sagrada Escritura. Regresó a España con la carrera terminada el año 1935. Antes de esto había viajado por Irlanda, la isla de Malta y la ciudad de Hipona, que le ganó para san Agustín.

Cuando estalló la contienda civil española, el P. Lope se hallaba cumpliendo el servicio militar en Zaragoza. Aguantó los tres años de la guerra en el frente de combate como buen soldado de la patria.

Después, siguieron sus años de docencia y de entrega a la formación de jóvenes —novicios y profesos—, tanto en Zaragoza, como en Valladolid, donde ha pasado la mayor parte de su vida y donde también trabajó con el hoy cardenal Primado de España, don Marcelo González, en la Acción Católica, y más tarde en los Cursos de Cristiandad.

Hombre polifacético, dotado de una vastísima cultura, dominador de varios idiomas, son muchos los escritos que ha publicado en las revistas de la orden y varios los libros que nos ha dejado.

Entre sus obras más destacadas se cuentan *El monacato de san Agustín y su Regla*; *El joven Agustín*; *El libro de la convivencia*; *El Rvdmo. P. Maestro Fr. Eustasio Esteban*; *La espina en la frente*, novela esta última histórica y sobre la vida de santa Rita de Casia.

Ha traducido varias obras de san Agustín. En este aspecto ha sido muy comentada la traducción que hizo del libro de Charles J. Mc Fade *La filosofía del comunismo*. La última traducción que había publicado —en realidad, una versión nueva, pues había hecho otra anterior— fue *San Agustín, perfil humano y religioso*, del renombrado autor Erich Przywara, y que le había encargado «Ediciones Cristiandad».